

Diario de Carmen Laforet

MARZO 1972

En este mes de marzo se cumple el duodécimo aniversario del fallecimiento del doctor don Gregorio Marañón. Sin embargo, todos los que le quisieron y admiraron e incluso aquellos que no tuvimos la suerte de conocerle personalmente, sentimos que continúa vivo. Su magnífica obra sigue en nosotros, su presencia se hace patente en multitud de ocasiones y lecturas, y es una presencia que no sólo acompaña, sino que tiene cualidades de estímulo y de esperanza. No hace mucho, en un viaje alguien con quien conversaba casualmente me relató cómo el gran médico salvó la vida a un personaje que fue ilustre y que ya viejo y recién llegado a Madrid después de un largo exilio se encontraba enfermo y solitario. Marañón empezó a dedicarle con absoluta generosidad horas de conversación amistosa al advertir, desde la primera visita en su consultorio, que el mal de su paciente era consecuencia de la nostalgia de los amigos desaparecidos y el vacío asfixiante a su alrededor. En otra ocasión recuerdo que fue la esposa de un guardabosques quien, inesperadamente, al saber que yo era escritora, me habló de su admiración y amistad inolvidable hacia el doctor Marañón, a quien había conocido en el pueblecito de Vélez Blanco cuando el doctor fue a recoger datos para su libro "Los tres Vélez". El pueblo entero se sintió cautivado, según ella, por el gran historiador, gran literato y científico eminente, pero cautivados sobre todo y totalmente por su faceta humana. Recuerdo estas conversaciones al paso, como tantas otras que sobre la personalidad de Marañón he tenido en mi vida, quizá porque son relativamente recientes. En la intimidad, amigos muy queridos que lo eran a su vez del doctor Marañón y sobre todo mi hermano Juan, médico endocrinólogo, discípulo incondicional suyo, me han proporcionado un archivo de recuerdos. Hoy, mientras terminaba de leer la biografía escrita por Marino Gómez-Santos, "Vida de Gregorio Marañón", que este año ha sido Premio Nacional de Literatura, tuve la sensación de que ni siquiera el hecho de no haber tenido ningún encuentro real con don Gregorio puede hacerme creer que su gran figura sea la de un ser excepcional pero ajeno a mi vida. Le debo demasiada gratitud para sentirle ajeno. Sólo por el hecho de haber existido y de que todos hayamos podido comprobar el milagro

de una personalidad que en su trabajo pudo llegar a un mismo tiempo hasta la cima de la dedicación y el talento como médico pero también como investigador científico, como historiador y como literato extraordinario, siento esa profunda admiración. La sentí siempre. Al terminar hoy mi lectura de "La vida de Gregorio Marañón" se renovó en mí este sentimiento en que, además, a la gratitud de siempre se mezcla un orgullo quizá pueril y desde luego humilde, por haberle admirado y haber sabido presentir su talla aún antes de conocerla en todas sus facetas.

El libro de Marino Gómez-Santos ha llenado de interés mis horas de lectura de estos días. Sé que a la documentación anecdótica y bibliográfica perfectamente expuesta y controlable ha dedicado este autor años de trabajo y entusiasmo y sobre su base ha escrito una espléndida y amenísima biografía según la fórmula que el mismo Marañón aconseja para el libro científico y que es, por otra parte, la más difícil en el arte de escribir. La fórmula de la claridad en el estilo, en la exposición, en la narración.

Al terminar su lectura, conmovida por este encuentro, por esta larga convivencia con la personalidad del doctor Marañón, recuerdo las palabras de Ramón J. Sender sobre Axel Munthe: "Si los hombres del futuro van a juzgarnos por el libro de San Michele se formarán una altísima idea de nosotros. Desgraciadamente será una idea falsa. Por ese libro se puede juzgar únicamente a su autor, que era un hombre excepcional."

Pero, aunque sea humildemente, soy más optimista que Sender y creo que las personas excepcionales que por rara cualidad inherente a su genio nos dejan advertir y admirar en sus obras, además del fruto de sus trabajos el entramado de un alma que nos parece, como dice el mismo Sender de la de Axel Munthe: "un prodigio de armonía, delicadeza y profundidad", nos hacen realmente dignos de ser juzgados por los hombres del futuro mejores de lo que nos vemos y juzgamos al echar una ojeada sobre nosotros mismos y nuestro alrededor. Yo creo que una excepcional personalidad de signo positivo no sólo ayuda a hacer florecer nuevos valores del mismo signo, sino que con su fuerza puede hacer menos mediocre la mediocridad de una época, menos mala la maldad, más clara la inteligencia.

"ABC", 29 MAR. 1972.